

de los milagros que Dios acababa de obrar en favor suyo, colmado de sus beneficios, é informado por sus propios ojos de las maravillas del Omnipotente, se deshace de lo mas precioso que tiene, entrega todas sus joyas para que se fundan y se fabrique de ellas un becerro de oro, á quien reconoce por su Dios. Pero, Señor, ¿somos nosotros menos ingratos, menos locos cuando sacrificamos nuestras mas esenciales obligaciones, nuestra salvacion, nuestra religion, nuestra alma á las leyes y á las vanas máximas del mundo, cuando por él os dejamos á vos? Avergüénzate delante de Dios de tu infidelidad; detesta tu pobreza de juicio, tu bajeza de ánimo en haber deferido hasta aquí al imaginario capricho de ese fantástico mundo, y de haberle preferido á tu Dios. A presencia de tus hijos, delante de tu familia y de tus criados no dejes pasar ocasion de ponerlos á la vista qué cosa tan ridícula es esto que se llama mundo, y el ningun caso que debe hacerse de él.

2 Jamás uses aquellos modos de hablar tan comunes hoy entre las gentes del mundo: *El mundo no aprueba esto; esto es la moda; hoy no se estila esto en el mundo; el mundo dice; el mundo condena; estamos en el mundo; es menester vivir como el mundo.* Mi Dios, ¡y qué poco cristianos son estos modos de pensar y estos modos de hablar! Digamos por el contrario: *Dios quiere, Dios nos pide, el Evangelio condena, Dios desaprueba, Dios manda esto ó lo otro.*

### DIA XXX.

#### MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE DOSCIENTOS Y VEINTE SANTOS MÁRTIRES, en Africa.

EL MARTIRIO DE SAN MARCELO, centurion, en Tanger en la Mauritania; el cual siendo degollado alcanzó la corona del martirio en tiempo de Agricolaio teniente del prefecto del pretorio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

LOS TRECE SANTOS MÁRTIRES, que con los santos JULIANO, EUNO Y MACARIO, padecieron en tiempo del emperador Decio, en Alejandria.

SANTA EUTROPIA, mártir, en la misma ciudad; la cual visitando los mártires, siendo con ellos cruelmente atormentada, entregó su alma al Criador.

SAN SATURNINO, mártir, en Caller en Cerdeña; el cual en la persecucion de Diocleciano, por orden del presidente Bárbaro fué degollado.

SAN MÁXIMO, mártir, en Apamea de Frigia, en tiempo del mismo Diocleciano.



LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, LUPERCIO Y VICTORIO, hijos de san Marcelo centurion, en Leon en España; los cuales en la persecucion de Diocleciano y Maximiano fueron degollados por orden del presidente Diogeniano. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS CENOBIO, obispo, y CENOBA su hermana, en Egea en Cilicia, en tiempo del emperador Diocleciano y del presidente Lysias.

SAN TEONESTO, obispo, martirizado por los arrianos, en Altino.

SAN LUCANO, mártir, en París. (Segun una antigua tradicion, este Santo fué martirizado en Logny, lugar del pais de Orleans, al principio del siglo V. Sus reliquias fueron despues trasiadadas a la catedral de Paris, cuyos habitantes tenian a este Santo en estraordinaria devocion, y en las calamidades públicas acostumbraban sacar en procesion sus sagradas reliquias, junto con las de Sta. Genoveva.)

SAN SERAPION, obispo, en Antioquia, muy insigne en doctrina. (Eusebio y S. Jerónimo alaban mucho su sabiduria y su zelo por la defensa de la verdad. Escribió y publicó un libro contra Montano, y otro para refutar el supuesto Evangelio del apóstol S. Pedro. Murió en paz imperando Caracalla, el año 211.)

SAN GERMAN, obispo y confesor; en Capua; varon de gran santidad, cuya alma, cuando él espiró, fué vista por S. Benito volar al cielo entre coros de ángeles.

SAN GERARDO, obispo, en Potenza en la Lucania.

#### SANTA PELAGIA, PENITENTE.

HACIA la mitad del quinto siglo, es decir, por los años de 453, reinando el grande y religioso emperador Marciano, dió el Señor a su Iglesia uno de los mas ilustres ejemplos de su infinita misericordia con los pecadores en la persona de Pelagia, una de las mas insignes pecadoras que se vieron en el mundo.

Habiendo convocado en Antioquia su patriarca Máximo un concilio provincial de todos los obispos sufragáneos suyos, concurrió á él Nono, uno de los prelados mas santos de su siglo. Fué monge del célebre monasterio de Tabenas en la Tebaida, de donde le sacaron por la fama de su eminente virtud para hacerle obispo de Edesa en Mesopotamia, y de aquí fué trasladado a la silla de Heliópolis en Siria, cerca del monte Líbano, donde convirtió a la fe innumerables sarracenos y otras naciones idólatras. En todas partes hacian portentoso fruto sus sermones; porque en él todo predicaba su compostura, su modestia, su semblante estenuado por sus continuas penitencias, su humildad, y hasta sus mismos modales llanos y sencillos; pero siempre respetables.

Un dia en que estaban sentados a la puerta de la iglesia del mártir S. Julian el patriarca, el obispo Nono y otros ocho prela-



STA. PELAGIA, PENITENTE



dos de los que habian concurrido al concilio, rogó el patriarca á S. Nono que los hiciese una especie de plática espiritual. Ejecutólo al punto; y habló con tanta elocuencia y con tanta mocion, que á todos los tenia como embelesados; pero al mismo tiempo que le estaban oyendo con la mayor suspension, pasó por delante de ellos una célebre cortesana llamada Pelagia. Era la primera comedianta de la ciudad de Antioquia, famosa por su extraordinaria hermosura; pero mucho más por los desórdenes de su licenciosa vida. Llamábanla *la Margarita*, que en el idioma del país significaba *la Perla*, ó por su rara belleza, ó porque siempre se presentaba cubierta de pedrería. Aquel dia se habia adornado con todo el primor y con todo el arte que la pudo dictar el deseo de parecer bien. Estaba soberbiamente vestida; pero con tanta inmodestia como ostentacion: el cabello artificioosamente rizado, elevada la cofia con cuidadoso desden, sin velo en la cabeza, y el costado por una y otra parte con todo el desahogo que le sugería la indecencia. Iba montada en una orgullosa mula para estar más descubierta á los ojos y á la provocacion; y acompañada de un gran tren de doncellas y de pajes, caminaba como en triunfo por aquella gran ciudad. Escandalizáronse los obispos, y apartaron los ojos de un objeto tan peligroso como profano. Solo el santo obispo Nono, contra su costumbre, la estuvo mirando fijamente todo el tiempo que la pudo alcanzar la vista, y luego que se le ocultó, exclamó deshecho en lágrimas: ¡Ah, hermanos míos, y cuanto temo que esta mujer que pone tanto cuidado en agradar á los hombres, algun dia ha de ser nuestra condenacion, por el poco cuidado que nosotros ponemos en agradar á Dios!

Retiróse despues á la posada con su diácono, que escribió toda esta historia; postróse en tierra, y llorando, gimiendo y dándose fuertes golpes de pecho, decia: Señor, tened misericordia de este pobre pecador. Veis allí una miserable criatura que gasta los dias en componerse; que emplea lo más engañoso del arte, lo más brillante, lo más precioso de la tierra para hacerse agradable á los ojos de los hombres, para dejarse amar de ellos; y yo sacerdote, yo obispo, ¿qué cuidado pongo en adornar mi alma con la gala de las virtudes? ¿qué tiempo gasto en purificar mi corazón para presentarle á vos, y para que merezca vuestro agrado? Será posible que aquella infeliz mujer tenga más industria para hacerse amar de los hombres, que yo para merecer ser amado de mi Dios! Pasó el santo obispo lo restante de la noche lleno de dolor y de compuncion, mostrándose inconsolable por su imaginaria indolencia, descuido y frialdad.

La noche siguiente tuvo S. Nono una misteriosa vision, que refirió á su diácono, el cual cuidó de trasmitirla á la posteridad. «Parecióme, le dijo, que estando celebrando en el altar, revoloteaba al rededor de mí una paloma cubierta de un asqueroso lodo, que despedía de sí un hedor intolerable; y por más que yo la espantaba, ella siempre me volvía á inquietar, hasta que el diácono dijo que saliesen los catecúmenos, y entonces también desapareció la paloma. Despues de la misa, y dadas gracias, queriendo volver á casa, encontré la misma paloma en el lintel de la puerta; parecióme que la tomé en la mano, y que habiéndola metido en una gran taza llena de agua, se quedó blanca como la misma nieve sin rastro de mancha alguna; y tomando de repente el vuelo hacía el cielo, desapareció de mis ojos. Quiera el Señor, añadió el Santo, declararnos lo que esto significa.»

Era domingo el dia siguiente, y habiéndose juntado en la iglesia todos los obispos para celebrar los divinos misterios, concluido el Evangelio se presentó el patriarca á S. Nono, y le rogó repartiéndose al pueblo el pan de la palabra de Dios, espliándole el sagrado texto que se acababa de leer. Era prodigioso el concurso; porque á la solemnidad del dia, la celebridad del concilio, y con la noticia de que predicaba S. Nono, habian concurrido todos los fieles y todos los catecúmenos de la ciudad. Subió al púlpito el santo obispo, y predicó con tanta energía acerca de las grandes verdades de la religion, sobre el sumo mal del pecado y el infinito tesoro de la misericordia de Dios, que todo aquel inmenso auditorio se deshacia en lágrimas. Hallábase dichosamente en él la famosa cortesana Pelagia, que en otro tiempo se habia alistado entre los catecúmenos; pero sufocados ya en ella por su licenciosa vida todos los piadosos movimientos de religion, solo habia concurrido á la iglesia por mera curiosidad. Mas quiso la gracia hacer aquella ilustre conquista, y tocó eficazmente su corazón. Moviola tanto todo lo que acababa de oír, que no pudo reprimir las lágrimas; y luego que el predicador se retiró á su posada, le escribió un billete en estos precisos términos:

AL SANTO DISCÍPULO DE JESUCRISTO, LA PECADORA Y ESCLAVA DEL DEMONIO.

He oído decir que tu Dios bajó del cielo á la tierra para la salvacion de los hombres, y que aquel á quien los querubines no se atreven á mirar por respeto, se dignó conversar con los pe-



*cadore y con los publicanos, sin desdenarse de hablar con una samaritana y con una insigne pecadora. Si eres discipulo de tal maestro, no desprecies a una infame cortesana como yo soy, y no me niegues el bien y el consuelo de tener contigo una conferencia para poder hallar gracia por tu medio con Jesucristo nuestro Salvador.*

Mostróse pasmado Nono cuando leyó esta carta, y temiendo algun lazo del demonio por el artificio de una mujer tan peligrosa, la respondió que Jesucristo, su divino maestro, no ignoraba lo que ella era, y conocia perfectamente todo el interior de su corazon: que por lo demás no pretendiese tentarle, pues aunque era siervo de Dios, era pecador, y tenia muy conocida su miseria; y en fin, que si su intencion era santa, le podria hablar cuando gustase; pero no á solas, sino en presencia de todos los obispos. Luego que Pelagia recibió esta respuesta, voló á la iglesia de S. Julian, y encontrándole entre los demás prelados del concilio, se arrojó á sus pies en presencia de todos, regóselos con sus lágrimas, que derramaba á torrentes, y con voz angustiada, interrumpida de sollozos y suspiros, le pidió el bautismo. Representóla el santo obispo que los sagrados cánones prohibian administrar este sacramento á los pecadores públicos, y especialmente á una pública cortesana como era ella, mientras no renunciasen su vida licenciosa, y no diesen pruebas suficientes de no volver á atollarse en sus antiguos desórdenes. Pelagia, que se mantenía siempre postrada á los pies del santo obispo, le respondió: *Padre, mis lágrimas son las mejores fiadoras de la sinceridad de mi conversion; y pues Dios me ha conducido á tus pies, queriendo servirse de tí para lavarme de mis pecados, mira no te pida cuenta de que dilates mas tiempo admitirme en el número de sus esposas.* Conoció el Santo por sus instancias la sinceridad de su mudanza; y siendo de parecer todos los obispos que no debía negarla lo que pedia con tales muestras de contricion, y con tan ejemplar perseverancia, no pudo resistirse mas á concedérselo. Mientras tanto se dió parte al patriarca de todo lo que pasaba, y se le pidió su permiso para administrarla los sacramentos, rogándole al mismo tiempo que eligiese alguna virtuosa matrona para cuidar de tan ilustre neófito. Admirado el patriarca de tan no esperada conversion, dió mil gracias al Señor, y rogó á una virtuosa señora, por nombre Romana, muy conocida en toda la ciudad por su eminente virtud y por su continuo ejercicio en todo género de buenas obras, que tomase á su cargo aquella nueva ovejita que iba á entrar en el rebaño, queriendo ser su madrina. La virtuosa señora, fuera de sí de

gozo por la ocasion que se la venia á las manos de ejercitarse en tan buena obra, corrió á la iglesia de S. Julian, y abrazó tiernamente á la dichosa Pelagia. Despues que S. Nono la esplicó los principales misterios de nuestra religion, de que ya se hallaba bastantemente instruida, la preguntó cómo se llamaba: *Mis padres,* respondió, *me dieron el nombre de Pelagia; despues, ó por mi vanidad, ó por la riqueza de mis galas, dieron en llamarme Margarita; tú, padre mio, podrás ponerme el nombre que mejor te pareciere.* Hizola S. Nono los exorcismos acostumbrados; y habiéndola bautizado con el nombre de Pelagia, la confirmó, y la dió la sagrada comunión. Dice el historiador de su vida, que cuando el santo obispo volvió á casa, despues de una funcion tan llena de consuelo, no cabiendo en el pecho la alegría le dijo á su diácono: *Hermano carisimo, este diu es muy solemne para nosotros; no le he tenido de mas gusto en toda mi vida, y así es menester que todo huela á fiesta; hoy, contra nuestra costumbre, has de guisar las legumbres con aceite, y hemos de beber un poco de vino.* Luego que se sentaron á la mesa hizo el demonio un espantoso ruido en la posada; oyéronse aullidos, gritos formidables, y entre ellos una triste y pavorosa voz, que decia: *¡Oh, y lo que me hace padecer este maldito viejo! ¿No le bastaba haber convertido y bautizado á treinta mil sarracenos, y despues á toda la ciudad de Helíopolis? No contento con todas estas conquistas que has hecho á tu Dios á costa mia, me vienes ahora á quitar una cortesana, que ella sola me desquitaba de todas mis pérdidas: ¡no reventarás tú, viejo maldito!* Conociendo el Santo el artificio del demonio, no hizo mas que reirse y hacer la señal de la cruz, con lo que le hizo callar, y le echó de allí.

Mientras tanto restituida Sta. Pelagia á su casa como una nueva criatura, repartió entre los pobres todas sus joyas y todos sus bienes sin reservar nada para sí, y dió libertad á todos sus esclavos. Aquellas primeras noches tuvo mucho que padecer del espíritu de las tinieblas; pero instruida de su santo director, con la señal de la cruz y con los dulcísimos nombres de Jesus y de Maria, puso en fuga á todo aquel ejército infernal.

Ocho dias despues dejó la túnica blanca, trocándola por un cilicio, y cubierta con un manto que la dió el santo prelado, se salió secretamente de la ciudad de Antioquia; tomó el camino de Jerusalem, y se fué á encerrar en una gruta del monte Olivete, donde todos la tuvieron por un solitario jóven llamado Pelagio, y con este nombre hizo una vida muy penitente, entre-



gada á las mayores austeridades, y pasándola en continua oración. Concluido el concilio de Antioquia, se retiró S. Nono á He-liópolis sin descubrir á nadie el paradero de su ilustre penitenta, aunque ya lo sabia por divina revelacion. Su diácono Jacobo, que le acompañó al concilio, y nos dejó escrita toda esta historia, deseó ir en peregrinacion á Jerusalem, y pidió licencia al santo obispo. Díóselo S. Nono; pero le encargó que en llegando á la santa ciudad, se informase de un solitario llamado Pelagio, que habitaba en el monte de las Olivas; y que no se volviese sin traerle noticias de él. No se olvidó Jacobo del encargo, y luego que llegó á Jerusalem, preguntó por el solitario Pelagio. Dijéronle que era un ángel en carne mortal; asombro de todo aquel país por su eminente santidad, y tenido por prodigio de penitencia; que despues de cuatro años que se habia encerrado en una especie de sepultura, solo se alimentaba de algunas raices insípidas que brotaban en el desierto, sin otra conversacion que con Dios y con los ángeles. Partió Jacobo á ver al santo solitario, y le halló en una celdilla abierta en el mismo peñasco, sin otra abertura que la de una ventanilla, la cual estaba casi siempre cerrada. Como iba en el concepto de encontrarse con un hombre, no le pasó por la imaginacion que pudiese ser Pelagia. Por otra parte estaba la Santa tan desfigurada, los ojos tan hundidos y tan apagados con sus lágrimas, el semblante tan seco y tan descarnado al rigor de sus penitencias, la tez y el aire tan alterado y tan mudado, que le seria imposible conocerla, aun cuando hubiese ido con aquella duda. Díjola Jacobo que venia de parte del obispo Nono, cuyo diácono era él: *Nono es un santo*, respondió la Santa, *y dile que me encomiende á Dios*: con lo cual cerró prontamente la ventana; y Jacobo oyó que comenzó á rezar tercia. Volvióse éste á Jerusalem lleno de admiracion y de consuelo por haber visto aquel prodigio, y despues de haber visitado los santos lugares, como tambien muchos monasterios, donde no se hablaba de otra cosa que de la santidad del solitario Pelagio, no quiso restituirse á Siria sin haberle hecho segunda visita; llegó á la celda, hizo ruido para que le oyesen, y viendo que nadie parecia, exclamó: *Sieruo de Dios, hazme la caridad de dejarte ver*. Como nadie respondiese, volvió al dia siguiente, y sucediéndole lo mismo, repitió lo propio el tercer dia, en el cual, viendo que tampoco le respondian, tuvo la curiosidad de asomarse por la ventanilla, que estaba entreabierta, y vió que estaba muerto el imaginado solitario. Acudió prontamente á dar parte de lo que pasaba á los solitarios del contorno, y todos concurrieron á hacer con el ca-

dáver los últimos oficios. Forzóse la puerta, y se sacó el santo cuerpo para embalsamarle; pero todos se quedaron admirablemente sorprendidos cuando se reconoció que era mujer la que se creia hombre, y luego se oyó esclamar de todas partes: *Seais eternamente alabado, mi Dios, que teneis tantos tesoros escondidos en la tierra; no solo entre los hombres, sino tambien en el sexo mas débil y mas delicado*. Esparcida la voz de aquella maravilla por toda la comarca concurrió en tropel, así la gente de Jerusalem, como innumerables religiosas que estaban en los monasterios de los llanos de Jericó, y á las orillas del Jordan, todas con velas encendidas, cantando himnos, y asistiendo á sus exequias, celebrándose éstas con la mayor solemnidad; y desde aquel tiempo fué muy célebre en toda la Iglesia el nombre de Sta. Pelagia. Sucedió esta muerte tan preciosa á los ojos del Señor en el mes de octubre por los años de Cristo 468, y su santo cuerpo, muchos siglos despues de su muerte, fué trasladado á Francia, y depositado en el monasterio de Jonarré en el Brié, diócesis de Meaux, donde se celebra su traslacion el dia 12 de junio. (*El Martirologio Romano hace mencion de Sta. Pelagia á los 8 de octubre: véase.*)

#### SAN MARCELO CENTURION, MÁRTIR.

**S**AN Marcelo centurion, cuya memoria ha sido siempre célebre en España así por la heroica fortaleza con que sostuvo la defensa de la fe, como por haber sido padre de no pocos valerosos hijos, que dieron mucho honor á nuestra Iglesia con los gloriosos triunfos que consiguieron de los paganos, tiénese por tradicion de los siglos pasados que nació en la ciudad de Leon, que despues fué cabeza y corte del reino de su nombre, y que en ella floreció en la profesion militar en tiempo del presidente Anastasio Fortunato que la gobernaba, y fué el que le envió á Aurelio Agricolano, vicario del prefecto Pretorio en la ciudad de Tingi ó Tánger en Africa donde fué martirizado.

Era S. Marcelo centurion, esto es, cabeza de ciento ó de ciento y diez soldados de una de las legiones romanas, bien fuese de la segunda *Trajana*, como se lee en las actas que publicaron Baronio y Ruinart, ó de la séptima Gemina de que hablaremos despues, como conjetura Risco, por haber residido ordinariamente en Leon. Era casado con Sta. Nonia ó Nona. D. Lucas de Tuy dice que tuvieron doce hijos todos mártires, Claudio, Lupercio, Victórico, Facundo, Primitivo, Emeterio, Celedonio, Servando, Germano, Fausto, Januario y Marcial. En el An-



tifonario gótico de Leon que se escribió antes de aquel obispo se cuentan solamente los nueve primeros. Los breviarios antiguos de Compostela y de Eborá nombran los doce como D. Lucas de Tuy; y generalmente se cree en España que éstos Santos tuvieron doce hijos mártires, si bien en los nombres de ellos no concuerdan todos.

En el año pues 298 del Señor, siendo emperadores Diocleciano y Maximiano, y cónsules Anicio Fausto II y Severo Galo, á 21 de julio se celebró la exaltacion de Maximiano Hercúleo al imperio. En esta solemnidad ofrecian los soldados sacrificios á los dioses. Y para que fuese mas solemne la funcion, hizo publicar un edicto el presidente Anastasio Fortunato, por el que mandaba, que todos los pueblos de la provincia concuriesen á Leon el día que señaló para la festividad. Marcelo estando delante de las banderas de su legion, lastimado de ver tanta gente entregada á la idolatría, á vista de todos se quitó el cingulo ó banda militar, y dijo: *Yo solo sirvo á Jesucristo, rey de reyes y señor de los señores; por lo que desisto de servir á los emperadores, y desprecio á vuestros dioses, que son unos ídolos mudos y sordos. Si es tal la condicion de los soldados que han de ser compelidos á sacrificar á los dioses falsos, ved como arrojé el cingulo é insignias militares.* Diciendo esto arrojó tambien el sarmiento que llevaba en la mano como divisa de su empleo ó grado, y las armas.

Atónitos dejó á los soldados la resolucion de Marcelo; pero como sus voces y sus hechos abominaban la solemnidad de un acto, que creian ser el mas acepto á los príncipes del mundo, prendieron á Marcelo, y lo presentaron á Fortunato, haciéndole relacion de todo lo ocurrido. Dió por entonces orden el gobernador que lo pusiesen en la cárcel, hasta que se concluyesen los regocijos de la funcion, y finalizados estos hizo que compareciese al consistorio donde tenia su tribunal. Preguntóle Fortunato lleno de ira: *¿Qué causa has tenido para arrojar el cingulo militar, procediendo en esto contra las ordenanzas á que estás obligado?* Y revestido Marcelo de aquel valor y de aquella fortaleza que forman el carácter de los héroes del cristianismo, le respondió á presencia de todo el pueblo: *La causa es, que siendo como soy cristiano, no puedo servir sino á Jesucristo hijo de Dios omnipotente: por esto me he despojado de las insignias militares, que parece obligan á prestar sacrificio á unas deidades quiméricas, como son las que vosotros adorais.—Yo no puedo disimular tu temeridad, siguió Fortunato, de la que daré parte al César, enviándote por ahora á mi principal Agricolano.—Haz*

*lo que te parezca, contestó Marcelo; con el bien entendido, que adonde quiera que vaya, haré la misma confesion de mi Señor Jesucristo.*

Envió con efecto Fortunato á Marcelo cargado de prisiones á la metrópoli de la Mauritania, donde á la sazón se hallaba Agricolano, y habiendo llegado á aquella ciudad, despues de los innumerables trabajos é incomodidades que padeció en la dilatada distancia que hay desde Leon á Tánger, se dió parte al prefecto de que el gobernador de Leon le enviaba un hombre llamado Marcelo. El proceso llevó Cecilio, soldado del mismo ejército. Mandó Agricolano á uno de sus oficiales leer en alta voz el proceso que estaba concebido en estos términos: *Anastasio Fortunato, presidente de la legion Trajánica, al D. S. Aureliano Agricolano, prefecto de la Mauritania, de España y de Francia: Este soldado llamado Marcelo del orden del centurion habiendo arrojado el cingulo militar, ha protestado delante del pueblo que es cristiano: ha hablado muchas blasfemias contra nuestros dioses y los Césares; por lo que te lo dirigimos, para que mandes observar lo que determine V. Celsitud. VALE.*

Leído que fué el proceso, preguntó Agricolano á Marcelo: *¿Qué furor te ha preocupado para arrojar las insignias militares, y para proferir semejantes espresiones? — No hay furor alguno en los que temen al Señor,* respondió el Santo; y queriendo el prefecto certificarse de la verdad, continuó el interrogatorio, preguntándole: *¿Has hablado con efecto las palabras que constan en las actas proconsulares? ¿y has arrojado las armas?* Y contestándolo asi el famoso centurion, pronunció contra él Agricolano la sentencia siguiente: *Porque Marcelo centurion ha despojado el cingulo militar, quebrantando el sacramento ó juramento de su profesion públicamente; porque ha blasfemado de los dioses y de los Césares; y porque se ha ratificado en las palabras llenas de furor que contienen las actas del tribuno, conviene que sea decapitado.* Oyó Marcelo sin la menor alteracion la injusta providencia del prefecto, y mostrándose agradecido dijo: *Agricolano, Dios te haga bien y tenga misericordia de ti.* Y conducido al lugar del suplicio, y puesto en oracion, fué degollado en el mismo día que entró en Tánger, y fué presentado en el tribunal. Las actas de nuestras Iglesias dicen que fué presentado en el tribunal el día 29 de octubre, á principios del siglo IV; mas las que publicaron Baronio y Ruinart dicen que el 30. El escribano que asistió á este juicio tenia por nombre CASIANO; admirado de la constancia de Marcelo, y enojado contra la crueldad de Agricolano, tiró contra el suelo el libro y la pluma con que



escribía. Y al presidente que le hizo cargo de aquel atentado, respondió que no tenía mas causa para esta acción, que la execrable sentencia que acababa de oír contra Marcelo. Mandó encarcelar, y habiendo él confesado la fe, en el mismo sitio donde fué ejecutada la sentencia de Marcelo, fué degollado contra él y por la misma causa el día 3 de diciembre.

Recogieron los cristianos el venerable cuerpo del ilustre mártir en el silencio de la noche, y habiéndole embalsamado, le dieron sepultura con la cautela que permitían aquellas edades calamitosas.

Muy presto se extendió por todo el mundo la gloria de este martirio. Hacen de él memoria Adon y Usuardo y Wandetberto que floreció hácia la mitad del siglo ix. Este último escritor añade sin apoyo ninguno que junto con Marcelo padecieron otros doscientos veinte mártires africanos. Nuestra Iglesia muy de antiguo celebra su fiesta. El himno de vísperas que en su oficio conserva el Breviario gótico, es justamente alabado por su elegancia. En Leon se celebra su fiesta el día 29 de octubre, en otras partes hoy. Esta variedad pende de la que hay en las actas acerca del día de su martirio.

Después que D. Alonso el Católico echó los moros de Leon, se edificó en aquella ciudad una iglesia con la advocación de S. Marcelo. Edificóla D. Ramiro I fuera de los muros junto á la puerta que se llamó *Cauriense*, y después *Cureses*, entre el antiguo monasterio de S. Miguel y el de los mártires S. Adrian y santa Natalia. Reedificóla á fines del siglo xi el obispo D. Pedro, y junto á ella se erigió un hospital que aun existe. Esta iglesia estuvo en poder de los reyes hasta D. Sancho el Gordo, que hizo donación de ella á la catedral de Sta. María de Regla. Hállase también con título de monasterio en el Necrologio antiguo Legionense. Ahora es parroquia, y tiene la buena dicha de poseer el cuerpo del santo mártir, traído de Tãnger á Leon en tiempo de los reyes católicos en el año de 1493 por la diligencia de cierto presbítero llamado Isla. No lejos de esta iglesia hay un oratorio reverenciado por tradicion como sitio donde estuvo la casa del santo mártir.

#### SANTA NONA Ó NONIA.

NUESTROS historiadores tienen comunmente recibido que el santo mártir y centurion Marcelo, cuya historia precede, fué casado y tuvo por mujer á Sta. Nona ó Nonia, como otros escriben. No hay noticias particulares de esta Santa en escrituras antiguas, y solo se sabe de ella lo que ha conservado la tradi-

ción, que el ilustrísimo Trujillo obispo de Leon refiere de este modo. «La noble y bienaventurada Nonia fué mujer del valeroso centurion S. Marcelo mártir. Tuvieron los dos del matrimonio doce hijos que todos murieron con insignes martirios en poder de crueles tiranos por la fe de Jesucristo. Y hase de creer, que quien tan buen marido tuvo y tan santos hijos crió, que ella fuese santísima mujer, y que quien tan bien los habia criado y doctrinado para la muerte por Cristo, los imitaria y animaria como la Macabea, y las santas Sinforosa y Felicitas á los suyos. Traspasóle las entrañas el cuchillo de dolor, porque vió la muerte de su marido y de algunos hijos. Y viéndose ya sola (como en Leon es tradicion muy recibida), pidió á nuestro Señor se sirviese de que acabase con esta vida, y la llevase á gozar de sus infinitos bienes con su marido é hijos. Concedióselo nuestro Señor, y fué servido sumirla en la tierra, adonde quedaron por su memoria y acuerdo en esta ciudad un pozo, y una pequeñuela ermita y altar, que han sustentado esta tradicion juntamente con una hermandad antigua de cofrades honrados de ella, que tiene su advocacion, y fundacion de aquella ermita.» Vaseo hace tambien memoria de esta tradicion citando á L. Marineo Siculo, el cual en el lib. 3 de *Reb. Hisp.* pone un capitulo en que trata de S. Marcelo y Sta. Nona, atribuyéndoles once hijos mártires. Dice luego de la madre lo que se sigue: *Quos cum S. Nona vidisset extinctos, unicum filium parvulum brachio complexa, flexis genibus, et multis persusa lachrymis Deum oravit, ut eam cum filio à vitæ periculis eriperet. Et cum hoc dixisset, repente lacus exortus est, qui statim matrem cum filio divinitus absorbit. Cujus aquam bibentes infirmi sanantur, ubi Legionensis civitas circa lacum templum edificavit, quod S. Nonæ dicitur. (Risco, t. 34. pag. 350.)*

#### LOS SANTOS CLAUDIO, LUPERCIO Y VICTÓRICO, MÁRTIRES (\*).

Todos los hijos del esclarecido mártir S. Marcelo se derramaron por España, á escepcion de los tres cuya fiesta celebramos en este día, Claudio, Lupercio y Victórico, á quien llaman otros Victorio; de los cuales consta con mayor certeza haber pertenecido á esta santa familia. Quedáronse pues en Leon, patria suya, donde padecieron por la fe con invencible constancia. El caso pasó

(\* Véanse las Actas de estos Santos Mártires publicadas por el M. Risco t. 34, pag. 407, y las Observ. de este historiador, *ib.* pag. 353.